



LIC. DON JUAN M. ROSAINS

Fué una de las principales figuras de la revolución en su segunda época, y uno de los hombres, que, aunque de buena fe, le causó bastantes males.

Nació en San Juan de los Llanos el 13 de Febrero de 1782, de una familia acaucalada que le dió una brillante educación, á la que supo él corresponder haciendo sus estudios con aprovechamiento y obteniendo el título de abogado en esta capital, en 20 de Abril de 1808. Poco ó nada ejerció su profesión, y más bien se dedicó al cuidado de sus intereses, consistentes en fincas de campo. No ocultó sus simpatías en favor de la Independencia, no obstante que en un principio permaneció sin tomar las armas; pero extendida la revolución por la provincia de Puebla y pronunciado en Tehuacán, donde entonces vivía Rosains, el Vicario de Tlacotepec, Don José María Sánchez de la Vega, aquél tuvo que irse á vivir á su hacienda de la Rinconada, temeroso de ser perseguido. Sin embargo, la sospecha de las autoridades había llegado á tal grado que el que no se alistaba en las Compañías de patriotas era tenido como insurgente y perseguido, consiguiéndose con esto que muchas personas que en otras circunstancias hubiesen permanecido neutrales, se decidiesen francamente por la revolución. Así sucedió con el abogado Rosains, que tanto por su propia inelativa como por las instigaciones del Cura de San Salva-

dor. Don José Rafael Tarelo, se pronunció el 3 de Abril de 1812.

Proponiéndose que sus operaciones no fuesen iguales á las de los guerrilleros que hostilizando á todos impedían el curso rápido de una empresa para la que los ánimos estaban bien preparados, trató de comprometer á aquellos sujetos que por tener intereses pudiesen proceder con más justificación, y mediante sus esfuerzos logró reunir en quince días más de setecientos hombres, desde San Andrés hasta Nopalucan y desde Quechula hasta Tepeyahualco, en la gran llanura de Puebla limitada al Este por las cumbres. Ya otros jefes se habían levantado en la provincia, como Arroyo, Bocardo, Machorro, Suárez, Vicente Gómez, etc., que habían realizado la hazaña de apoderarse del convoy que conducía Olazábal, y de impedir que llegasen á Calleja los grandes cañones de sitio que había pedido para batir á Cuautla; también se habían apoderado de Tepeaca. Rosains, no obstante la gente de que disponía, no se creyó en estado de resistir á las tropas de Puebla, y aun hubo un sacerdote que temeroso de lo que sucediera pidió el indulto, consiguiendo únicamente ser aprehendido por Rosains. Pero el rumor de que se había pedido indulto cundió, y los insurgentes capitaneados por Machorro, sin entrar en más averiguaciones, pusieron preso al abogado insurgente á Argiellés, rico hacendado de Orizaba que también acababa de pronunciarse y que estaba conferenciando con Rosains, y á otras personas. Consiguieron escapar fácilmente y haciendo frente á la gente de Machorro la obligaron á huir, pero no pudieron impedir que la hacienda de Rinconada fuese totalmente saqueada y con dificultad se salvase la familia de Rosains. Esos primeros frutos de su pronunciamiento demostraron á éste la clase de gente con la que en lo de adelante tendría que tratar.

Rosains escapó de una prisión para caer en otra, pues antes de llegar á Chalchicomula, el padre Tarelo se apoderó de él y cargado de grillos lo remitió á Tepeaca á manos de Arroyo, que por poco lo fusila;

lo tuvo en cautividad largo tiempo, en compañía de Don Antonio Sesma, rico título de Puebla que asimismo se acababa de declarar insurgente, y hasta que no ocurrieron ambos á Morelos no consiguieron verse en libertad, después de haber sufrido numerosas peripecias que á otros menos decididos los habrían curado para siempre de su afán por combatir en la causa de la Independencia.

Para darle las gracias por el favor que había recibido se presentó Rosains en Tehuacán, pero sólo encontró á Matamoros, que lo comisionó para que persiguiese á los ladrones, lo que le dió oportunidad de vengarse del padre Tarelo, al que quitó todo el ganado de la hacienda de Alzayanga; días después Morelos lo nombró Auditor de guerra, y en seguida su Secretario, siendo este nombramiento el principio del favor que el abogado disfrutó cerca del caudillo suriano. Acompañó á Morelos á la campaña de las cumbres y de las Villas y á la toma de Oaxaca, así como al sitio de Acapulco, sin tomar parte en las expediciones militares, ocupado como estaba en arreglar lo necesario para la reunión del Congreso de Chilpancingo, tarea abrumadora que desempeñó cumplidamente en un corto espacio de tiempo.

Inaugurado ese Congreso, Rosains fue nombrado Secretario de él, y por indicaciones de Morelos trató de encauzar las discusiones, pero no consiguió su objeto en medio de aquella reunión de letrados de los que cada uno tenía ideas propias y malas sobre el modo de gobernar una nación y redactó el manifiesto que con el título de "Sentimientos de la Nación" leyó Morelos el día de la instalación. Cuando la expedición á Valladolid, quedó Rosains al lado del Congreso y no tardó en entrar en pugna con algunos de los Diputados, pues tenía un carácter dízcolo y altivo y era poco tratable. Derrotado Morelos frente á aquella ciudad y en Puruarán, se detuvo algunos días en Ajuchitlán, á esperar el resultado de sus gestiones para salvar á Matamoros y entre comunicó al Congreso con fecha primero de Febrero de 1814 que ha-

bía tenido á bien nombrar su segundo al Lic. Rosains, dándole el grado de Teniente General. Esta medida fué mal recibida por el Congreso y dejó descontentos á todos los militares, que veían ascendido repentinamente sobre todos ellos á un hombre cuya profesión no eran las armas y cuyos conocimientos estratégicos eran muy discutibles; el mismo Rosains, comprendiendo lo mal que su nombramiento había sido recibido, resistió según dijo después, aceptar el empleo, que admitió por fin en Ajuchitlán, y en seguida fué dado á reconocer como tal segundo y Teniente General por el mismo Morelos á la gente que le seguía.

Desde ese momento Rosains pareció dispuesto á abandonar á Morelos á su suerte, pues en Tlacotepec y por sugerencias de Herrera, diputado enviado expresamente para ello, insinuó al Generalísimo que dejase el poder ejecutivo, con lo que Morelos se manifestó conforme, contestando que si no se le creía útil como General, serviría como simple soldado, y dejó ese poder al Congreso, quedándose él con una pequeña escolta. Entre tanto, el realista Armijo se aproximaba y llegó á la vista de Chichihualco el día 18; entre los insurgentes estaban Galeana y los dos Bravo, Don Nicolás y Don Víctor, con 1,600 hombres mal armados: la opinión general era retirarse al cerro del Limón, pero Galeana se opuso diciendo que allí mismo y estando desnudos sus soldados, había ganado una batalla; Rosains, que tenía el mando superior, no quiso que se le tuviese por cobarde, y dió la acción en que quedaron derrotados los insurgentes y donde quedó demostrado que Galeana ó sus soldados ya no tenían los mismos bríos que antes. Rosains, acompañado de Victoria y de unos cuantos, apenas pudo ponerse en salvo, perseguido vivamente por una partida de caballería realista.

El Teniente General llegó á Ajuchitlán hasta sin ropa, pues el Dr. Herrera tuvo que habilitarlo de la suya; allí consiguió del Congreso que le diese licencia para pasar á terreno que conocía mejor, como era el Oriente, y obtuvo el nombramiento de

Comandante General de Puebla, Veracruz, Oaxaca y Norte de México, con amplias facultades; púsose en ese camino en Febrero y acompañado de Victoria y una escolta y por Sultepec y Tenancingo llegó al Valle de México y hasta las cercanías de Tlálpam, á cuatro leguas de la capital; retrocedió á Amecameca, donde se vió rodeado de peligros por haberse indultado varios de sus soldados, y llegó á Huamantla, donde ya se consideró en seguridad. Quiso allí empezar á ejercer su autoridad, pero se encontró con que Pérez, nombrado Intendente de Puebla, no sólo lo desconoció, sino que ya había circulado órdenes para que no se le auxiliase, calificándolo de desertor de la acción de Tlacotepec, y que Rayón también le negaba la obediencia y lo mandaba comparecer ante sí, faltando muy poco para que fusilase á Fiallo, enviado de Rosains para mostrarle sus nombramientos: ninguno de los dos quiso ceder, a pesar de estar dispuesto el último á entrar en un avenimiento, y quedaron desavenidos para siempre, siendo su desavenencia causa de muchos males para la causa.

Rosains, que era el más débil y que desconfiaba de todos, dejó la provincia de Puebla á Rayón y pasó á la de Veracruz, pero allí se encontró con la mala voluntad de Rincón; sin embargo, restableció las trincheras de Jamapa y se situó en Huatusco, donde según afirma pretendió apoyar á Rayón, amenazado por Hevíá, pero á su vez fué sorprendido por el realista y teniendo que huir por largo trecho dió diversas comisiones á los numerosos jefes que lo acompañaban. Entre tanto Rayón había perdido, sin disparar un tiro, la provincia de Oaxaca, había sido batido en Zongolica y en Omealca, y no considerándose seguro en Tehuacán ni en parte alguna, se dirigió á Zacatlán (Mayo de 1814), donde creyó reponerse de sus fatigas á la sombra de Osorno, pero ni aun allí pudo permanecer muchos meses, pues fué sorprendido por Aguilá el 25 de Septiembre y puesto en fuga, perdiendo su equipaje, papeles, sombrero y bastón, salvándose él gracias á la velocidad de su caballo: á los tres días y medio es-

taba en Cópore de Michoacán, sin acordarse de su gobierno de Oaxaca.

Rosains, sin opositor en Veracruz, quiso darse á respetar de todos los insurgentes de la provincia, pero no lo consiguió, por más que castigó al cabecilla José Antonio Martínez, que tenía el dinero del convoy y la pólvora y grana que el primero dejó al salir de Huatusco, y al que hizo dar muerte: esta justicia, calificada por algunos de traición, hizo que los jefes de Sotavento lo obedeciesen. Rosains, desistiendo de elevar á Don Juan Pedro Anaya, que no era militar y que luego marchó á los Estados Unidos, nombró Comandante á Don Guadalupe Victoria, que pronto se hizo de simpatías entre los jarochos y que ya no debía salir de la provincia. Rosains quiso regularizar el tránsito del comercio por medio de arreglos que hizo con el Consulado de Veracruz, pero sólo en parte consiguió su objeto. Se dirigió en seguida á Tehuacán con objeto de conferenciar con Rayón, que aún estaba en el rumbo de Puebla, y empezó á fortificar el cerro Colorado, cercano á Tehuacán, pero en el intervalo fué sorprendido á causa de haberse descuidado, por Hevíá, en San Hipólito, quitándole hasta su ropa de uso. Esta batalla fué en extremo mortificante para Rosains, y como Rayón sabía que le causaba bochorno que se le hablase de ella, la mencionaba cada vez que quería mortificarlo.

Establecido en Tehuacán no se atrevió Hevíá á ir á buscarlo y allí pudo disfrutar de alguna tranquilidad que hubiera sido mayor si Rayón no se hubiese propuesto sacar ventaja de la acción de San Hipólito declarando á Rosains ladrón é intruso y dando orden á Arroyo de que lo matase; ambos caudillos se hicieron una guerra de libelos tan escandalosa, que el Congreso creyó necesario intervenir y mandó á los Diputados Bustamante y Crespo que oyesen á ambos, dando entre tanto el mando á Arróyave; pero ninguno de los dos quiso obedecer y las cosas permanecieron así hasta que Rayón por la fuerza de las circunstancias volvió á Michoacán. La conducta del segundo de Morelos en Tehuacán fué

bastante extraña: procuró expulsar á todos los insurgentes que no eran de la provincia, y con los que eran de ella se puso en mal; persiguió á los ladrones y á los que no lo eran, como Don Carlos María de Bustamante, al que hizo engrillar nada más porque era compañero y amigo de Rayón; fusiló á Arróyave nada más porque tenía orden del Congreso para rsumir el mando mientras se zanjaban sus diferencias con aquél, y en fin, se hizo aborrecible por su carácter y por las muchas ejecuciones de insurgentes, realistas y pacíficos, que decretó.

Era materialmente imposible que Rosains pudiera ya sostenerse, mal visto por sus correligionarios y derrotado frecuentemente por las tropas realistas; en vano buscó el concurso de Osorno para atacar el convoy que llevaba Aguila, el insurgente dejó al primero que fuese derrotado en Huamantla (22 de Enero de 1815), y emprendió otras operaciones militares: todas le salían mal y ya ningún jefe le obedecía: los de Veracruz se reunieron á la sombra de un árbol en Acasónica para levantar una acta en que desconocían su autoridad y proclamaban á Victoria; quiso reducirlos al orden, pero sufrió un desastre en la barranca de Jamapa, el que decidió á los jefes de Puebla á substraerse del todo á su obediencia, y á pensar seriamente en darle muerte. Terán los disuadió de que adoptasen tan radical medida y prometió nulificarlo. Vuelto á Tehuacán acuarteló el ejército y se dió á reconocer como jefe, engrilló á Rosains y lo envió á Victoria, que lo devolvió á Osorno; iba á ser entregado al Congreso cuando consiguió escaparse cerca de Chalco y refugiado en el Curato de Ixtapaluca solicitó su indulto el 10 de Octubre.

Estuvo en México, rindió al Virrey un informe detallado de la revolución y se estableció en Puebla con su familia; ofreció sus servicios á Iturbide, que no los aceptó, y en 1823 la Junta de recompensas le asignó una pensión de cuatro mil pesos al año; en 1824 fué electo Senador por Puebla; escribió la Relación de su historia de in-

surgente y por ella tuvo una viva discusión, por la prensa, con Terán, en la que éste salió vencedor; fué enemigo del plan de Jalapa (1830), lo que le costó una prisión corta; su mal genio le hizo matar á un oficial y entrar en una conspiración contra el Gobierno de Bustamante; preso y juzgado fué fusilado en Puebla el 27 de Septiembre de ese año. Por decreto del Congreso de Puebla de 30 de Marzo de 1833 (á la caída de Bustamante), se le erigió un monumento en la plaza de San José, de aquella ciudad, el que aún subsiste; y con fecha 7 de Junio del mismo año el Congreso federal declaró benemérito de la patria al insurgente, Lic Don Juan Nepomuceno Rosains.
